

“Pasemos pues hasta Bethlehem y veamos esto que ha sucedido”...

(S. L. 2 - 15)

No pueden ser más sencillas las palabras que profirieron los pastores, cuando fueron avisados por el Angel con las nuevas del Señor. Simple y llanamente, manifestaron con ellas su voluntad de ir, de ver... No hicieron más en un principio. Pero fueron; venciendo apatías. Y vieron; porque no iban parapetados, encastillados en prejuicios preconcebidos. Y, viendo, rindiéronse a la soberanía de Dios.

¡Vayamos hasta Belén! Cerca de dos mil años nos han vuelto olvidadizos! Acerquémonos a la Santa Cueva, en este aniversario, sin pereza; y contemplemos al Redentor. La gracia seguirá al esfuerzo.

Uno tiene la sensación, a veces, de vivir aún en la época del Antiguo Testamento. ¡Cuántas lamentaciones a lo largo del año! ¡Cuántas quejas de

una vida opaca, sin meta y sin objeto, olvidados del Redentor, que vino al mundo, dando un objeto a la vida, una meta al caminar!

Sería casi una proeza, para aquellos pastores, el deslizarse por las laderas de las montañas, el subir menudos cerros, para descender nuevamente al valle, el ir a Belén en el frío de la noche, anquilosados de estupor, paralizados de asombro sus miembros, movidos por lo incierto, espoleados por los signos y las profecías.

Hoy, por demasiado fácil, es más difícil el mismo peregrinaje. Lo incierto es ya larga evidencia, el signo, realidad.

¡Cuán difícil bordar nuestra cruzada sobre una planicie sin obstáculos! En cada Iglesia, espera el Señor; en cada Sagrario, la redención.

Los montes, los cerros, se perdieron en los caminos, y se han levantado en nuestro corazón. Las dificultades, los obstáculos, son internos; los desalientos, silenciosos; las victorias, mudas.

Las aparatosas cruzadas quedaron perdidas a lo lejos; ya al son de trompetas no se aparejan barcos, ni se reclutan las mesnadas para ganar la cuna del Se-



ñor. Todo el escenario se ha reducido, se ha concentrado en nuestro propio corazón. Pero en él también está el Señor, y el Belén, y la estrella. Diminuto pesebre que nos empeñamos en ignorar.

¡Vayamos a nuestro Belén!

¡Descendamos del monte de la soberbia, de la comodidad de la meseta. Vayamos al valle a vadear el río, sin para mientes en su plata! Bordear el campo por los veriles, cruzar el yermo por el atajo! Y con un hacecico de leña humilde, hacer un fuego frente a la Cueva; que las cenizas de nuestras culpas, de nuestras lágrimas, serán abrigo para Jesús.

Y después... Mirar, mirar...

Rosas en las manitas del Niño, azules en el manto de la Virgen, violetas en el de San José. Paja; un buey y un asno. Oro y bondad. Luz, mucha luz. Gozo y zozobra. Porque Dios es pasado, presente y futuro. Y dos pajas que de su cuna cayeron formaron una cruz. Y son las que más brillan. El calvario ya está allí. La promesa, cumplida; la redención. Está presente, pero se olvida, porque todo es luz, mucha luz.

¡Hosanna!

L. d'Andraitx



Sintoniz@

Tiempos aquellos

En aquellos tiempos que nuestros abuelos disfrutaron de lo lindo, con menos ciencia nuclear y un real en el bolsillo, marcaba la Navidad en su vida un surco mucho más profundo, sin duda porque una mayor dosis de buena voluntad y una manifiesta buena fe acompañaba sus andanzas y dirimía incluso sus pequeñas querellas, no sólo en esta Noche cumbre y cuna del Señor, sino en los restantes trescientos sesenta y cuatro días que completan los años normales.

Todo, en suma, era más efectivo y, por tanto, más auténtico. Entre sus muchas, incontables delicias, desconocieron por ejemplo el uso de la zucarina. Su turrón era, si apuramos, más vasto y no diremos que menos variado, pero era literalmente auténtico y de una dulzura que llegaba al alma.

Hoy las cosas han sufrido una tal transformación, que ante el jaleo que entre todos, por nuestra manera de ser y de actuar, hemos armado, es posible que si nuestros viejos volvieran a levantar la cabeza serían en su propia casa, administrada por sus herederos, nada más ni nada menos que unos vulgares forasteros.

Ni la electricidad, ni el cine, ni la radio, ni el automóvil, ni la aviación, para solo citar los adelantos que con nosotros conviven a diario, serían motivo suficiente para contrarrestar el desengaño que nuestra obra les llevaría.

¿Qué juicio formarán nuestros nietos de las Navidades actuales? Si el mundo sigue alocado como hasta ahora, y no hay síntoma que nos permita creer en el mejoramiento de tanta estupidez y de tanta locura, es muy posible que aquellos nuestros nietos que en el siglo XXI y XXII comenten de aquellas Navidades sus impresiones, digan y escriban de hoy las mismas añoranzas que nosotros tributamos al pasado. Será porque cualquiera de ellos fué mejor, será por lo que sea. La cuestión estriba en que, pese a toda su ciencia y adelantos, el mundo va derecho a su final. Y así como ayer nos parecía que el mar vendría a tragarse la tierra, hoy vemos que el fin del mundo puede hallarse en un botón que pulse un loco desde un país cualquiera. Ese a sido en la técnica nuestro adelanto. Ya que en las artes del corazón, el retroceso es evidente.

EXTRAORDINARIO DE NAVIDAD

Áncora

Año VIII - SAN FELIU DE GUIXOLS, 24 DICIEMBRE DE 1954 - Núm. 364